

Una clase de Alejandro Korn

Por *Hernán G.H. TABOADA**

I

EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX dictaba Alejandro Korn (1860-1936) un curso llamado de historia de la filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Unos apuntes tomados taquigráficamente habían circulado por obra del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras en copias mimeografiadas sin fecha. Ahora es posible consultar este precario material gracias a la esmerada obra de rescate y pulido de Clara Alicia Jalif de Bertranou, acuciosa académica mendocina de amplia labor para el conocimiento de la filosofía argentina y americana.¹ Como comentario a esta edición es que aparecen las páginas que aquí siguen.

El material ya era conocido por la investigación, y la edición original me parece, vista sólo al trasluz desde esta segunda, suficientemente cuidada, sobre todo en el contexto de ese género peculiar que son los apuntes impresos que aún llegué a conocer en la Universidad argentina. Sin embargo, la actual, publicada con otros objetivos, es una obra de mucho mayor tamaño y trascendencia. Es abundante, limpia y honesta, con una nota preliminar, breve, sobre sus circunstancias y motivos, una introducción de Juan Carlos Torchia Estrada en torno a Alejandro Korn, con bibliografía; trae unas fotografías, la reproducción de una carta de Korn en la portada exterior y la de su firma en la portadilla. Todo eso antecede el texto de las clases, sometido a un minucioso trabajo de corrección y edición que ha hallado, para enmendar o colocar un *sic* entre corchetes, algunos pocos descuidos gramaticales y contados errores de nombres y títulos. Una tarea exhaustiva y útil, pues.

Para empezar a saber a qué nos enfrentaremos está la “Nota preliminar” (pp. 11-14) debida a la compiladora, con una breve historia del texto, los detalles editoriales y también una advertencia sobre el carácter de estos apuntes: para que no nos engañemos con

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@unam.mx>.

¹ Alejandro Korn, *Lecciones de historia de la filosofía, c. 1918*, Clara Alicia Jalif de Bertranou, transc. y ed., Mendoza, Instituto de Filosofía Argentina y Americana-Universidad Nacional de Cuyo, 2011, 412 págs.

el título y le atribuyamos el habitual programa de las historias de la filosofía, adelanta que el ordenamiento del curso es cronológico pero también y sobre todo está centrado en las respuestas que al problema ontológico, al de la verdad, al ético y al estético se han dado a través de los siglos, por lo que hay varias idas y vueltas en el tiempo. La razón de ello la explica en sus preliminares Alejandro Korn, quien quería evitar una “enseñanza dogmática” en el contexto argentino: “En las universidades europeas no falta la cátedra de Filosofía, pero para poder llegar a ella es condición previa dominar la historia de la filosofía” (p. 52). Tal advertencia tiene cola, ya lo veremos.

La peculiar presentación por problemas conserva su utilidad, nos dice la compiladora. No dudo que así sea para los de honda vocación filosófica. Los que carecemos de ella iremos en cambio a que el libro nos revele no su objeto expreso sino eso otro que también la “Nota preliminar” menciona como mérito, algo que se debe espigar a través de muchos detalles: pistas valiosas sobre la figura de Alejandro Korn y sobre la historia de la filosofía, de las ideas y de la enseñanza universitaria en Argentina, aquellas condiciones que la cita de Korn sobre la intención de su curso revela y que diferencian su medio del europeo. Veo allí, efectivamente, motivaciones más acuciantes en este momento y que justifican a fin de cuentas editar un panorama de los siglos de la filosofía cuyos datos parecen hoy fácilmente asequibles en los muchos manuales, en los diccionarios, enciclopedias y antologías que han pululado y en Internet, una información que, inclusive para los que somos ajenos a la materia, se nos antoja incompleta y parcial.

II

BUSCANDO cuál debió de ser la situación original de esta publicación, su editora señala que “no siempre se han recogido lecciones de los muchos profesores que poblaron las aulas en aquella época” (p. 11), lo cual confirma el aprecio que rodeaba al maestro Korn, de lo que hay por lo demás muchas pruebas, incluyendo la publicación de otro curso muy posterior. Su base fueron “apuntes taquigráficos”, tal como los llama la edición original (p. 365), al parecer basados en una exposición sólo apoyada en notas y no en un texto escrito, que de haber existido habría facilitado la publicación. Buen o buenos taquígrafos debió o debieron de ser el, la o los encargados, y además hubo abundante trabajo posterior, porque

el estilo está bastante alejado del oral, muy ocasionalmente se repite lo de una clase en otra. Hay sí vacilaciones que un texto más asentado debería evitar, palabras que se escaparon, aunque muy pocas (por ejemplo p. 119, con un espacio en blanco donde iría una palabra griega; la clase 29 empieza cortada, p. 299) y pocas son también las incorrecciones, como algunos latinajos mal entendidos: “universalia sum in res” se asienta dos veces (p. 181), *De natura res*, por *De rerum natura* (p. 269). Una lista de autores católicos franceses enlista a Chateaubriand, Bonald, Lamennais y también a “Laimeter” que la editora se pregunta si no es Lamartine (p. 323), pero yo creo por el contexto que más bien es De Maistre, aunque estrictamente no fuera francés.

A pesar de estos lunares, el esmero de los recopiladores iniciales nos permite alcanzar alguna idea de “la realidad viva de la clase”, que Torchia Estrada compara en su fugacidad a la de una función de teatro y opta por no rastrear, debido a problemas de espacio y porque piensa que “no habría gran aprovechamiento” (p. 21) en hacerlo. Sin embargo, como él hizo ya el trabajo principal de contextualización, intentaré esbozar aquí la tarea, que sí me parece de provecho, de volver a aquella época que no está fechada pero que el título ubica, sobre la base de alguna evidencia interna, hacia el año de 1918.

En la función el filósofo es el protagonista, más aún, casi el único actor. Cuando se lo nombra es “el Profesor” (p. 129). Las fotos incluidas lo muestran con sus rasgos algo toscos pero inspirador de confianza (socrático, se había dicho, elogio que retoma la “Nota preliminar”, p. 11), en su despacho, austero y oscuro, con libros atrás, meticulosamente ordenados, luego en su clase. Una de las fotos informa que utilizaba ocasionalmente el pizarrón, donde sólo figuran en tiza blanca los nombres de la escuela jónica, de los eleatas y algo más que no entiendo y la clase octava empieza (p. 129) señalando que “el Profesor escribe en el pizarrón: Sócrates 469-399 (a.C.)”. En otra ocasión llama a recordar “un pequeño diagrama que hice el otro día en el pizarrón” (p. 386).

No se registran intervenciones de los alumnos, ni preguntas; aunque Korn en una ocasión ruega que si algo no se entiende “me interroguen sobre lo que les ofrece alguna dificultad” (p. 137). Al parecer se va lentamente estableciendo un clima de confianza y van apareciendo referencias al entorno nacional, lenguaje más coloquial, anécdotas y elementos jocosos, que dejan ocasionalmente oír risas, que unos paréntesis consignan, como al citar la conocida

opinión de Voltaire sobre Rousseau, cuando al leer su libro tuvo “deseos de caminar en cuatro patas” (p. 222), o cuando Korn recuerda que “según Platón, nosotros no tenemos un alma sino tres; hoy nos quieren quitar hasta la última alma (Risas)” (justificadas y actuales, p. 263). Otra: “Ustedes pueden encontrar gentes que si tienen la franqueza necesaria, les dirán que el Quijote de Cervantes es uno de los libros más aburridos que existen (Risas)” (ya no me parecen tanto, p. 404).

Quienes reían, el, la o los taquígrafos y sus compañeros/as se muestran nebulosamente. Aquí son de más ayuda las mentadas fotos, porque delante de Korn presentan a unos pocos alumnos de traje y algunas damas en primera fila con elegantes sombreros. Señala Torchia Estrada que no se les suponía un conocimiento previo: ciertas anotaciones bastante elementales del curso lo confirman. Es un ambiente algo oscuro, pequeño, suponemos que estimulante. En alguna carta Korn hablaba de sus horarios de clase que empezaban a las siete de la tarde y posiblemente fueran a esa hora también las recogidas en apuntes. “Conferencias” parece querer llamarlas al principio (p. 75), aunque los estudiantes las titulan “clases” y al final Korn mismo las llama así (p. 119).

Parecen cortas, en promedio ocupan unas diez páginas cada una. Son de lectura reposada y la selección de los editores parece haberlas ajustado; a veces se prolongaban: “ya ha terminado la hora de clase, pero si ustedes tienen paciencia, voy a decir cuatro palabras al respecto” (p. 350), aunque las cuatro palabras se extienden sobre dos páginas adicionales a esta clase número 29. Algún problema hubo que no conocemos: “con estas interrupciones que han sufrido nuestras clases, que Uds. sin duda han de haber aprovechado para estudiar [¿ironía?], no recuerdo con exactitud el punto donde dejamos nuestros estudios” (p. 239) pero el curso cubrió lo que se pretendía, llegando hasta los problemas actuales que interesan a Korn: “Con esto doy por terminada la exposición de la historia de la filosofía. ¡Muy bien!”, así rezan las dos últimas líneas del libro, antes del colofón (p. 406). Habría alguna actividad más, porque hay una alerta de que “ya nos urge el tiempo; tenemos que reservar una parte del año para el repaso del programa; así es que en estas lecciones estoy apurando un poco para finalizar nuestra tarea” (p. 353).

¿Cómo entendía dicha tarea?

Es cierto que hay una bibliografía ya no escasa acerca de Alejandro Korn, pero el curso que ahora tratamos pertenece a la prehistoria de su carrera: aunque tenía 58 años en 1918, el maestro había publicado apenas unos artículos de tema filosófico y sus grandes obras son de los años posteriores. Entre éstas, las dedicadas a la historia de la filosofía abarcan sólo un puñado de pensadores, por lo cual el tratamiento de conjunto que despliega en su curso ofrece la oportunidad de observar aspectos que la producción posterior desconoce, dimensiones de la trayectoria korniana sobre las cuales hay poco en los mentados libros y en Internet o en la bibliografía ya no escasa. De ahí la importancia de estos apuntes, que en cierta forma constituyen el arranque de la obra de Korn: en esos años nacerán *Corrientes de la filosofía contemporánea* (1917) e *Incipit vita nova* (1918). Él mismo decía que las clases le servían para aprender, una comprobación que todos hemos hecho.

Se ha confiado a un gran experto, Torchia Estrada, ubicar mayormente el contenido, y lo hace aterrizando en la introducción su amplio conocimiento del tema para precisar la época y lugar, así como el significado de estas lecciones en la carrera de Korn, en un corto espacio (pp. 17-40) de información concisa, clara, ampliamente informativa y llena de ideas y referencias. No encuentro sin embargo ahí una anotación preciosa que Torchia Estrada asentó en un trabajo suyo anterior, dedicado precisamente a la historia de la filosofía en Korn y que creo merece rescatarse. Este escrito había servido de introducción a una recopilación de ensayos del maestro sobre distintos filósofos, desde san Agustín a Bergson, y subrayaba la diferencia en su tratamiento con los filósofos argentinos anteriores, para los cuales “la exégesis histórica no va más allá del pasado inmediato que les importa difundir”, mientras Korn consideraba dicha historia indispensable.²

Semejante interés tendrá que ver con el hecho que la historia de la filosofía fue precisamente el primer encargo académico que tuvo Korn como adjunto o suplente de Guillermo Keiper desde 1906, pero hay motivos más de fondo. En general porque fue, como se

² Juan Carlos Torchia Estrada, “La historia de la filosofía” (1959), recogido en su libro *Alejandro Korn: profesión y vocación*, México, CCYDEL-UNAM, 1986, pp. 159-169, p. 159. Este libro y unos pocos repertorios generales constituyen la base para muchas afirmaciones sobre el maestro que asiento en este escrito.

ha dicho (Aníbal Sánchez Reulet), el primero en Argentina que “estudió filosofía en serio” pero además porque el encadenamiento de los sistemas filosóficos y las condiciones históricas bajo las cuales se gestan las ideas tenían para él suma importancia, como afirman varios críticos que Torchia Estrada reseña, en el libro antes citado y en la introducción. Se enojaba cuando se exponían ideas sin mencionar la circunstancia histórica, se nos asegura. Ya cité a Korn mismo: para entender la filosofía hay que saber su historia, y dije que eso tiene cola.

No hay duda que en el curso muestra el dicho encadenamiento su lugar preponderante. Veo menos, en cambio, un tratamiento de las condiciones históricas que las ideas filosóficas sistematizan: sólo algo sobre el Renacimiento, en torno al cual repite la vulgata habitual —que la imprenta, que el descubrimiento de América (pp. 290ss)— y sobre la revolución industrial. Lamentamos la escasez de fechas: el asentamiento de las de Sócrates parece haber sido excepcional, no hay muchas más y hasta aparecen la imprecisión y el error: de Tomás de Aquino (1224-1274) vagamente asienta que “vivió por el año mil doscientos en adelante” (p. 160); de Kant (1724-1804) que “murió a principios del siglo XIX, en el primer año” (p. 231).

Pese a la parvedad, atribuible posiblemente a las urgencias del programa, o a errores que quizás nacen de libertades de los copistas, la relación con las condiciones históricas ya era central para Korn: “la filosofía no es nada más que la sistematización de las orientaciones, de las tendencias, de los instintos, de los intereses de una época histórica determinada”, proclama (p. 354). No era idea nueva y Torchia Estrada encuentra un paralelismo, que no derivación, con Hegel (p. 24), pero debe de haber algo más: yo supongo que atrás de ella está la comprobación que Korn pudo extraer de sus estudios sobre las corrientes filosóficas en la evolución argentina, en las cuales la determinación histórica es sensible. Ofrecen materia de meditación las indicaciones que Torchia Estrada brinda (pp. 28-29) sobre otras obras de tema parecido en América Latina: unas lecciones del positivista peruano Javier Prado (1915) y un libro del mexicano Antonio Caso (1917). Seguramente alguna otra existirá que habrá que desenterrar, pero ya la estrecha contemporaneidad de estas tres (¿primeras?) historias latinoamericanas de la filosofía es de por sí indicación significativa. El fuerte peso que tiene en el pensamiento latinoamericano la idea de una determinación histórica de las concepciones filosóficas existía ya germinalmente en esta

época, y me aventuro a pensar que también fue sugerida dicha idea por las circunstancias históricas que los pensadores percibían a su alrededor en ese inicio de siglo en nuestros países.

Ya se dijo la peculiaridad del recorrido de Korn, una introducción a la filosofía al hilo de su historia, define Torchia Estrada (p. 20), enfocada desde el panorama de las respuestas dadas en un largo camino “desde Tales hasta Bergson” (p. 54). El esquema para la parte cronológica es el de los repertorios, de los que sabemos que el maestro poseía. No los cita, o apenas (“he ojeado esta mañana un diccionario filosófico y me encontré con un centenar de definiciones de lo bello”, p. 399) pero la introducción sugiere con solvencia los nombres de manuales y tratados en alemán y francés, algunos de los cuales todavía circulan pero otros están más sepultados en el olvido, por lo que se agradece que se nos hayan recordado concepciones básicas a las que se adhirió o de las que se apartó este curso.

De tal material copió mucho de lugares comunes de la época: “el pueblo griego del cual deriva nuestra cultura”, “el tronco ario” (p. 55), “en los pueblos de Oriente la Filosofía jamás se emancipó de todas las soluciones religiosas” (p. 56). La tradición racionalista, liberal, transpirenaica y eurocéntrica es la que prima. Un índice de nombres habría sido sumamente útil pero el libro se precipita, ya cansado, de la última frase de Korn al colofón. No hay casi nada que pertenezca a otras corrientes: la India, tan presente en otros autores latinoamericanos de la época, figura poco, no se nombra a China, ni al Islam, mucho menos a las civilizaciones precolombinas. Apenas trata la escolástica “que como filosofía no nos interesa mayormente porque es una filosofía sometida a intereses teológicos y dogmáticos” (p. 219). Casi no aparece España: Luis Vives, al pasar (p. 292), poco de Nietzsche o Marx (hay alusión al “materialismo histórico” y las luchas del proletariado, p. 362). Tampoco veo asomar la filosofía estadounidense ni de América Latina, fuera de una mención a la difusión del positivismo en Brasil (p. 331).

De lo que consideraba importante, el pensamiento griego debía de serle conocido de forma directa, y cita una serie de aforismos de Heráclito que había traducido y publicado (p. 88), pero su exposición me parece poco entusiasta y algo abstracta, no ahonda en etimologías filosóficas, que explica de forma aproximada (o así las entendieron los alumnos) ni al parecer escribía los nombres en alfabeto griego en el pizarrón. Los autores franceses o de lengua francesa son los que más cita, y debían de ser los habituales tam-

bién para sus alumnos: “la lectura de Descartes se la recomiendo a todos y si es posible en francés” (p. 204), y es el único autor en el que se demora (pp. 197ss). Sólo es en francés que se atreve a leer un texto en otra lengua, un pasaje de Rousseau (p. 222). En vez de Marx, prefiere citar a Proudhon, con cierto elogio (p. 333) y una caterva de Thiers, Renouvier, Boutroux (“todavía vive, sumamente anciano”, p. 345), hasta autores que estrictamente no son filósofos, como Renan, y novelistas como Hugo o Zola, o el ruso Tolstoi.

Pequeños descuidos se detectan: “Existe una frase que no sé con exactitud si es del mismo Spencer, pero pertenece con seguridad a la escuela llamada Manchesteriana, cuya fórmula es la siguiente: ‘el máximo de libertad y el mínimo de gobierno’” (p. 338; sí, está en los *Primeros principios* de Spencer, de 1862, primera parte, capítulo primero, para los que podemos usar Google). “No recuerdo en qué autor clásico está la célebre escena, en la cual la sombra de Aquiles contesta al que le interrogaba sobre la vida después de la muerte” (p. 375, el pasaje se encuentra nada menos que en la *Odisea*, canto II). Errores también aparecen: la editora ha corregido una confusión en torno a los eleatas y a su fundador (p. 274) y otras habrá. En la p. 334 menciona “la vieja fórmula de Smiles”, que nuestra edición se pregunta si no hay que corregir por Stuart Mill pero ahí creo que está bien y se refiere al popular Samuel Smiles, autor de exitosos libros de autoayuda.

Más grave es, esto lo detecta Torchia Estrada en una ocasión (p. 39), que aparezca en una redacción imperfecta el pensamiento de Korn. Ello porque es dicho pensamiento, no los nombres y fechas, hallables por doquier, lo que realmente interesa, al no conformarse su autor con las pretensiones del típico intelectual argentino, deseoso de mostrarse *à la page* pero ignaro, si no desdeñoso, del público al que vuelca su sabiduría: múltiples testimonios, muchos provenientes del mismo Korn, nos afirman que no era ni quería ser un filósofo académico convencional, que se limitara a reproducir en un curso el panorama derivado de un manual preparado por otro. No calumniemos parcialidad, sesgo, ignorancia o falta de interés. El curso estaba enfocado en determinados objetivos muy ligados al momento que él y sus alumnos estaban viviendo.

IV

SE sabe que pensadores de ese “Oriente” poco nombrado eran conocidos por Korn, quien llegó a citar sus concepciones y deja

ver en el curso alguna curiosidad: “La manera como la filosofía del Indostán resuelve esta aparente paradoja es sumamente interesante” (p. 150); también se sabe que escribió sobre Marx con elogio y adhirió al socialismo. En una clase se refiere a Donoso Cortés, “cuyas obras les recomiendo lean, porque es uno de los representantes típicos del romanticismo católico” (p. 323), recomendación que también contribuye a ubicarnos en lo que esos tiempos consideraban importante y a apreciar la amplitud de intención de Korn. Son evidencias de que las ausencias del curso no necesariamente eran ausencias de su conocimiento.

Formaban parte de una estrategia, así como las preferencias apuntadas, que se hacen más entendibles si tratamos de relacionarlas con el público al que estaban dirigidas. Véase su centramiento en la filosofía francesa coetánea en desmedro de la alemana: probablemente la primera lengua que aprendió Korn en su niñez fue el alemán, y en ella llegó a escribir poemas; el curso le habría ofrecido ocasión de muchas citas pedantes e ininteligibles para la mayoría: las mismas que todavía se oyen en boca de docentes que no saben alemán pero citan en esa lengua (y en muchas otras). A lo mejor las hubo y los apuntes aplicaron un “germanicus est, non legitur”; a lo mejor se explica la ausencia por el poco atractivo que la filosofía alemana más moderna tuvo para Korn (demasiado académica y autocentrada, consideraba), o por la Gran Guerra, que se desarrollaba mientras se dictaba el curso, pero sobre todo porque Korn, como todo buen maestro, conocía la materia que impartía y conocía también el grupo humano al que la impartía, jóvenes formados en la cultura francesa y que volcaban sus energías en la producción literaria (también él escribió una novela, que sólo a su muerte fue publicada).

Tal experiencia es la que lo lleva a afirmar, casi al final del curso y del libro, tras haber explicado distintas teorías estéticas:

A Uds. estas cuestiones les interesan muy de cerca. La juventud está muy ligada, principalmente entre nosotros, a la producción literaria. Y nosotros vivimos muy sometidos a influencias extrañas; no tenemos el valor de seguir rumbos propios. Y ello quizás sea conveniente, porque nuestro desarrollo no ha llegado al punto de formar una literatura de tipo nacional. Quizás la época para nosotros de formar literatura de tipo nacional ha desaparecido. Con el contacto entre distintos pueblos, estas corrientes filosóficas, literarias y artísticas van tomando un carácter universal, que hace difícil —dentro de un dominio apartado— el desarrollo de una cultura estética especial. Por nuestra parte, nuestro gusto todavía es bastante discutible en esta materia,

de manera que conviene la influencia europea, porque lo que pasa por genuinamente nacional entre nosotros no es de mayor valor (pp. 405-406).

Cita algo enigmática. Muy distinta vemos hoy la evolución que estaba tomando impulso precisamente en esos años y en esa Buenos Aires. Notamos, aquí a la distancia, que Korn contradecía sus dichos con sus hechos, que él mismo, con su curso, estaba realizando algo “genuinamente nacional”, un esfuerzo por insuflar vida a ese conjunto de ideas del pasado, para traerlas al presente argentino que se percibe a cada página. Conscientemente está hablando a los jóvenes, a la Argentina que lo rodea, llena de esperanzas, cuando muchos buscaban respuestas y algunos lo hacían en las filosofías que los siglos habían producido.

Las respuestas entonces disponibles llegaban hasta las de Bergson, pero Korn sabía que el panorama de su alumnado se cerraba un paso antes, en el positivismo, “que debe interesarnos especialmente porque en gran parte estamos todavía bajo la influencia de esa dominación” (p. 329), y también del eclecticismo (p. 324); “todavía somos positivistas” (p. 341). En efecto es esta corriente omnipresente en el curso, que reitera los nombres de Comte, Littré, Taine, Renan, Herbert Spencer, en el entendido de que a sus alumnos serían, a diferencia del de otros autores, familiares. Es contra ese sentido común que rodeaba a su público, cuando “la intelectualidad argentina, que no es más que un reflejo del movimiento intelectual europeo, todavía está en la época positiva” (p. 236), que desgranaba el maestro las otras respuestas dadas en el pasado, las cuales constituyen el panorama que ofrece.

Si inmerso en el positivismo se hallaba, contra él dirigía su enseñanza filosófica, aunque no de manera furibunda como otros que después surgieron y perduraron por décadas, pateando ya un cadáver. En el curso expone con mesura sus principios, los cita, habla de su “influencia benéfica” (p. 247), recomienda leer a Taine (p. 324), distingue corrientes. Lo veía descomponerse (pp. 344ss) y su crisis “representada fuera de toda duda en la guerra actual” (p. 349), la Gran Guerra que allende los mares ardía mientras él disertaba de Zenón y de Kant. Dicha crisis debía de llevar a un cambio que no se podía prever: “Todo pronóstico es aventurado; sobre todo en estos momentos, antes de que termine la guerra” (p. 363) pero, como “algunos creen”, es posible que a su término renazca la metafísica, como ocurrió tras el racionalismo del siglo XVIII (p. 323) o incluso la mística, como cuando el cristianismo suplantó a la filosofía

grecorromana (p. 288). Ya entrevé “orientaciones filosóficas nuevas” (p. 345), “las fuerzas que acaban de surgir” (p. 346), lo cual le da ocasión para nombrar a Lachelier, “un hombre que probablemente es desconocido; no lo han oído nombrar Uds. nunca probablemente; y sin embargo en la historia de la filosofía francesa debe ocupar un alto puesto” (p. 346).

No parece que lo haya ocupado, y, como los alumnos de entonces, ni de oídas lo conocemos la mayoría, y si no fuera por el corto artículo de Wikipedia los legos no tendríamos más noticia de Jules Lachelier (1832-1918), cuyo nombre más bien perduró porque Henri Bergson le dedicó *La evolución creadora*. Aunque tampoco de Bergson se sabe demasiado en estos tiempos, constituía para Korn una referencia privilegiada, junto con Benedetto Croce, por cuya estética confiesa “preferencia” (p. 404). Una prueba más de que su cultura filosófica estaba al día y pudo anunciar con boca de profeta las corrientes de la primera posguerra. Otras cosas no previó ni pudo prever: decía que era exagerado considerar la lógica una antigualla y dejarla completamente de lado, pero que tendría que ser objeto sólo de una introducción (p. 153).

Todo es llevado a su momento: “Debe preocuparnos a nosotros, dada nuestra calidad de argentinos, conocer el movimiento intelectual propio, que nos es familiar y que nos ofrece el ejemplo de cómo se desarrollan estos periodos históricos tan importantes” (p. 353). La mentada tarea que Korn afirmaba haber concluido con su última clase queda así explicitada: “Yo no ocupo esta cátedra para decirles lo que es la verdad, sino para darles los elementos con que han de tratar de buscarla” (p. 349): realmente una intención socrática, que hoy vemos muy repetida (de palabra) pero seguramente no lo era entonces. Explica el aprecio que rodeó a Korn de parte de colegas y estudiantes. Explica que los recopiladores iniciales vieran en las clases un equivalente a ciertas obras de Guillermo Federico Hegel que conocemos por obra de los apuntes tomados por algunos alumnos y editados para la posteridad.

Explica también, por fin, los ejemplos y anécdotas en relación con el pensamiento argentino: las misiones jesuíticas (p. 390), un fraile en la Córdoba colonial “cuyo nombre no recuerdo”, que pretendía refutar a Newton con silogismos (p. 262), la Revolución de Mayo (p. 260), la guerra de independencia (p. 193), las ideas de Alberdi (p. 339), Mitre, Sarmiento, Vicente López, Juan María Gutiérrez, la Generación del 80 (pp. 350-352, 354ss) y mucho más,

para llegar a su amigo José Ingenieros, citado y comentado (p. 287), y, extrañamente, el paleontólogo Florentino Ameghino (p. 259).

Todo esto sería expuesto, es otro atisbo a la realidad de la clase, en un estilo crecientemente jocoso. Vi en unas cartas que escribió a Francisco Romero que Korn gustaba del lenguaje popular, entre citas de Dilthey o el Bhagavad Gita (“el puesto que abandonamos lo ocupan los zanahorias”). Lo usaría en el curso, aunque esto parece haberse difuminado y pulido; quedan unos chistes, anécdotas, referencias locales, que suponemos bien recibidos entre quienes él esperaba que iba a salir el autor de la “filosofía pampeana” que se auguraba ver esbozada en el futuro.

RESUMEN

Consideraciones sobre el curso de Historia de la Filosofía que Alejandro Korn (1860-1936) dictó en la Universidad de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo xx. Basado en la reciente publicación de los apuntes del curso, subraya la importancia de éste en la cultura latinoamericana de la época y en la visión filosófica de Korn.

Palabras clave: Alejandro Korn, filosofía argentina, pensamiento latinoamericano, historia de la filosofía.

ABSTRACT

Reflections on the History of Philosophy lessons taught by Alejandro Korn (1860-1936) at the Universidad de Buenos Aires during the first decades of the 20th century. This paper stresses the relevance of the recently published notes of the program for Latin American culture at the time and for Korn’s philosophical vision.

Key words: Alejandro Korn, Argentinian philosophy, Latin American thinking, history of philosophy.